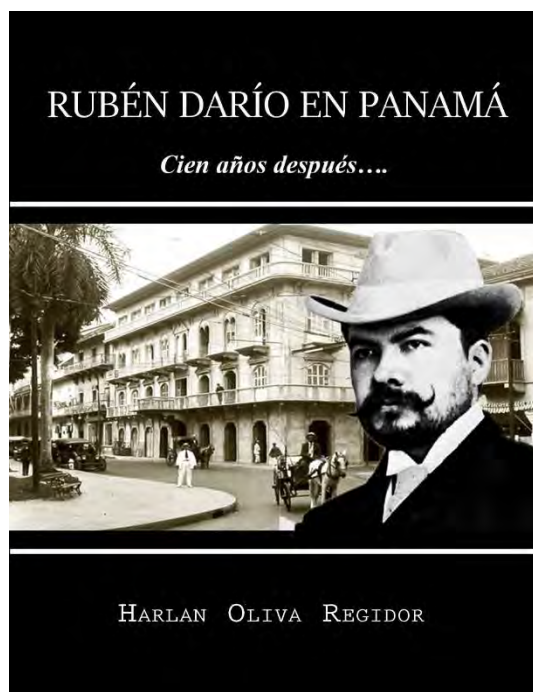


Rubén Darío en Panamá por Harlan Oliva Regidor

Margarita Vásquez Quirós

Academia Panameña de la Lengua¹

PRÓLOGO DEL LIBRO



En este año de 2017 se han cumplido ciento cincuenta años del nacimiento del renovador del lenguaje de la poesía escrita en español, el gran poeta, narrador, cronista y diplomático nicaragüense Rubén Darío, nacido en 1867 en Metapa, Nicaragua, y fallecido en 1916, cuando cumplía 49 años de vida.

Durante ese casi medio siglo, Félix Rubén García Sarmiento (Rubén Darío) pasó por Panamá siete veces. En la tercera visita (julio de 1892), Darío escribió un artículo sobre el fracaso de la construcción del canal por los franceses, que no fue bien recibido por los lectores panameños ofendidos. En este artículo periodístico se refirió a la suciedad y el desorden hallado en la ciudad; al desamparo de los trabajadores negros despedidos; y al «cementerio de construcciones y osario de maquinarias» que había dejado la fracasada obra. En diciembre de ese mismo año, de regreso al Istmo escribió sobre Santa Claus en Panamá, y sugiere una intromisión del personaje nórdico de barbas blancas en la cultura centroamericana. Está claro que, tal como expresa en 1978 Elsie Alvarado de Ricord (1928-2005), poeta, lingüista, ensayista y académica panameña: «Darío es el poeta de la causa común con los nuevos requerimientos del mundo»².

¹ Margarita Vásquez Quirós es profesora emérita de la Universidad de Panamá y directora de la Academia Panameña de la Lengua (2016-2018).

² Alvarado de Ricord, Elsie. *Rubén Darío y su obra poética*. Montevideo, Uruguay, Biblioteca Nacional, 1978.

Hagamos un ejercicio cronístico situándonos en el siglo XIX. Desde 1821, a partir de la independencia de España, Panamá era, por decisión propia, un departamento colombiano. Desde mediados de aquel siglo vivió a rajatabla la construcción de un ferrocarril interoceánico y, a la par, la imposición de un tratado entre Colombia y los Estados Unidos para mantener sujeto y libre de disturbios el paso por el Istmo del Caribe al Pacífico cuando era el mejor medio para llegar a California. Siguió luego la construcción de un canal por los franceses, pero en 1890 fracasaba aquel intento. *Josefina*, novela de Julio Ardila, publicada en 1903, según mi percepción, fue escrita en ese período, cuando una reducción de la economía golpeaba a los istmeños. Por otro lado, Colombia (la gran Colombia, en todo el sentido de la palabra grande) se debatía en guerras intestinas que golpearían a Panamá en 1899 durante mil días. Es alrededor de aquellas contingencias (en 1892) cuando nuestro Darío, el de América, visita la que sería luego la «benjamina» de las repúblicas americanas.

El poeta regresó a Panamá en el siglo XX y fue recibido por Darío Herrera, Guillermo Andreve y Ricardo Miró, entre otros, quienes le dedicaron palabras de enorme admiración.

Rubén Darío falleció en 1916, a dos años de finalizada la construcción del Canal de Panamá (1914) y en plena Primera Guerra Mundial (1914-1918). En ese mismo año, 1916, tuvieron lugar los primeros Juegos Florales conmemorativos en Panamá de los 300 años de la muerte de Miguel de Cervantes Saavedra, en los que triunfaron Octavio Méndez Pereira y José de la Cruz Herrera con el desarrollo de la pregunta: «¿La conservación del idioma puede influir en el sostenimiento de la independencia nacional?». En la interrogante estaba la confirmación de una inquietud vital existente entre aquellos panameños, centroamericanos como Darío, durante aquellos años. Antes, en 1905, Darío había escrito su *Salutación del optimista*.

Salutación del optimista

Ínclitas razas ubérrimas, sangre de Hispania fecunda,
espíritus fraternos, luminosas almas, ¡salve!
Porque llega el momento en que habrán de cantar nuevos himnos
lenguas de gloria. Un vasto rumor llena los ámbitos;
mágicas ondas de vida van renaciendo de pronto;
retrocede el olvido, retrocede engañada la muerte;
se anuncia un reino nuevo, feliz sibila sueña
y en la caja pandórica de que tantas desgracias surgieron
encontramos de súbito, talismática, pura, riente,

cual pudiera decirla en su verso Virgilio divino,
la divina reina de luz, ¡la celeste Esperanza!

Pálidas indolencias, desconfianzas fatales que a tumba
o a perpetuo presidio, condenasteis al noble entusiasmo,
ya veréis el salir del sol en un triunfo de lirás,
mientras dos continentes, abonados de huesos gloriosos,
del Hércules antiguo la gran sombra soberbia evocando,
digan al orbe: la alta virtud resucita,
que a la hispana progenie hizo dueña de los siglos.

Abominad la boca que predice desgracias eternas,
abominad los ojos que ven solo zodiacos funestos,
abominad las manos que apedrean las ruinas ilustres,
o que la tea empuñan o la daga suicida.
Siéntense sordos ímpetus en las entrañas del mundo,
la inminencia de algo fatal hoy conmueve la Tierra;
fuertes colosos caen, se desbandan bicéfalas águilas,
y algo se inicia como vasto social cataclismo
sobre la faz del orbe. ¿Quién dirá que las savias dormidas
no despierten entonces en el tronco del roble gigante
bajo el cual se exprimió la ubre de la loba romana?
¿Quién será el pusilánime que al vigor español niegue músculos
y que al alma española juzgase áptera y ciega y tullida?
No es Babilonia ni Nínive enterrada en olvido y en polvo,
ni entre momias y piedras que habita el sepulcro,
la nación generosa, coronada de orgullo inmarchito,
que hacia el lado del alba fija las miradas ansiosas,
ni la que tras los mares en que yace sepulta la Atlántida,
tiene su coro de vástagos, altos, robustos y fuertes.

Únanse, brillen, secúndense, tantos vigores dispersos;
formen todos un solo haz de energía ecuménica.
Sangre de Hispania fecunda, sólidas, ínclitas razas,
muestren los dones pretéritos que fueron antaño su triunfo.
Vuelva el antiguo entusiasmo, vuelva el espíritu ardiente
que regará lenguas de fuego en esa epifanía.

¿Qué podría añadir a tales palabras? Solo que, en Santiago de Veraguas, en Canto del Llano, en la República de Panamá, hay un centro escolar de Educación General Básica que lleva el nombre de Rubén Darío. Esta escuela fue fundada muy al principio del siglo XX, y se recuerda en sus archivos que fue solicitado este

nombre para el centro escolar porque un familiar del gran poeta nicaragüense vivía en ese distrito de la provincia veragüense.

Harlan Oliva Regidor, nicaragüense y panameño, ha puesto ante mis ojos el sugestivo libro *Rubén Darío en Panamá – 100 años después*. En las líneas de este prólogo no he adelantado nada acerca de lo que viene. Ya verán los lectores que Harlan Oliva, sin olvidar la enormidad del carácter renovador de la obra de Darío sobre el léxico, la musicalidad, el ritmo, los símbolos, las referencias mitológicas, la belleza, pone un énfasis particular en mostrar al hombre preocupado por los problemas de América y su relación con esta doble cintura del istmo centroamericano. Es un libro para nuestra juventud. Que sea aprovechado. ■